



SEMANA SANTA

Granada 2010

*Pregon
Oficial*

Fotografía Portada:
M^a CARMEN VALERO

Edita:



REAL FEDERACIÓN
DE HERMANDADES Y COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA DE LA
CIUDAD DE GRANADA

Diseña, maqueta e imprime:

CLAVE GRANADA S.L.
GRAN VÍA 15, 1^oB- GRANADA
958 226622

WWW.CLAVEGRANADA.COM



Pregón Oficial

SEMANA SANTA
Granada 2010

JOSÉ ANTONIO LACÁRCEL FERNÁNDEZ
21 de Febrero **2010**

*A mi mujer, Amelia y a mis hijos
José Antonio, Emilio y Amelia.*

*A la Real Federación de Hermandades y Cofradías de
Semana Santa de Granada
y muy especialmente a mis queridos amigos
don Gerardo Sabador y don José Luis Clements,
con toda mi gratitud.*

*A la Hermandad del Stmo. Cristo de San Agustín y
Nuestra Madre y Señora de la Consolación, hermandad a
la que tengo el alto honor
de pertenecer.*

*A mi muy querido amigo
don Manuel López-Guadalupe Muñoz,
por tan noble y leal amistad
y porque de su mano tuve la suerte
de entrar en la Hermandad
del Cristo de San Agustín.*





INTRODUCCIÓN

Hay momentos que pueden resultar decisivos en la vida de una persona. Hay momentos irrepetibles capaces de producir una intensa emoción y de quedar grabados allí donde anidan los sentimientos. Desde mi condición de antiguo hombre de radio, desde mi condición de cofrade, hay dos instantes, dos momentos que han incidido en mi ánimo de una forma decisiva, que han marcado con huella indeleble mi espíritu cofrade, mi intensa relación con la Semana Santa.

El primero de estos momentos ocurrió hace ya muchos años, en una noche de Jueves Santo. Cumplía mi trabajo en Canal Sur Radio, en el programa especial de Semana Santa, narrando el paso de la procesión y la correspondiente estación de Penitencia, desde la Plaza de las Pasiegas.

La madrugada estaba ya muy adelantada. Iban desfilando, en medio de un impresionante silencio, los hermanos del Cristo de la Misericordia. Se podía escuchar la caída de una hoja de cualquiera de los árboles de la cercana Plaza de Alonso Cano. Se habían apagado las luces y la inmensa mole de la Catedral se alzaba como telón de fondo sobre el que se reflejaban las siluetas silentes de los nazarenos. Lenta, austera, hizo su entrada en las Pasiegas la hermosa talla que esculpiera José de Mora. Una honda emoción nos estremeció a todos. De repente, ante la verja de la Catedral, el Cristo se detuvo. Y una voz clara, potente, hermosa, una voz embria-



gada por la emoción del momento inició el canto de una saeta. Era la voz del gran Curro Andrés que ofrecía aquella hermosa oración al Cristo del Silencio.

Poco a poco la sagrada imagen volvía a ponerse en movimiento y la silueta del Cristo se recortaba, se reflejaba en la fachada oscura de la Catedral. Oscuridad que estaba tamizada por la plateada luz de la luna llena del Jueves Santo, una luna llena que inundaba de tenue y pálida claridad aquella escena irrepetible.

Y yo estaba allí, micrófono en mano, viviendo la emoción de aquel momento único, sin saber qué decir, mudo por la impresión, por la belleza del instante, inundado de un fervor que se me hacía nuevo y distinto en aquel preciso momento. Pero yo tenía que hablar, tenía que llevar a los oyentes —en palabras susurradas, por el respeto— la narración de lo que estábamos viviendo; tenía que transmitirles aquella estación de Penitencia que tenía lugar allí, en aquella madrugada del Jueves al Viernes Santo. Y en medio del silencio, parecía aletear todavía el eco de la voz de Curro Andrés. Yo no encontraba palabras y tenía que hablarles a mis oyentes. Y de pronto, brotaron de forma espontánea los versos del soneto de Lope de Vega; los versos que constituyen la más emotiva oración, el más hermoso canto de amor y contrición hacia la figura sublime del Crucificado. Y solo acerté —qué íntima emoción— a narrar tan inolvidable estación penitencial con estas hermosas palabras, cinceladas en el más hermoso castellano:

*Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño
tú que hiciste cayado de ese leño,
en que tiendes los brazos poderosos.*

*Vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguir te empeño,
tus dulces silbos y tus pies hermosos.*

*Oye, pastor, pues por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres.*



SEMANA SANTA Granada 2010

*Espera, pues, y escucha mis cuidados.
Pero ¿cómo te digo que me esperes
si estás para esperar los pies clavados?*

Otro momento inolvidable en mi Semana Santa íntima: tarde noche del Lunes Santo. En la pequeña iglesia del Santo Ángel Custodio se están dando las últimas instrucciones, entre los nervios que produce la inminente salida procesional. Se ajustan los capirotos sobre las cabezas. Empezamos a formar las filas. Se rezan las preces de salida, miramos hacia atrás –algo que luego no haremos en ningún momento de la procesión. Allí está el maravilloso Crucificado. Allí está también Ella, la Madre del Cielo, bajo la hermosa filigrana de su palio.

De pronto, el bullicio deja paso al silencio, un silencio hondo, íntimo, un silencio que se apodera del alma. Se abren las puertas lenta, solemnemente. Se oye el quejumbroso son del muñidor. La capilla musical inicia una melancólica melodía. Sale a la calle la Cruz de Guía. Silencio, respeto, devoción contenida. Cuatro hachetas acompañan a la Cruz. Y uno de esos anónimos portadores de hacheta siente un leve resquemor en los ojos. La procesión está en la calle, y este humilde pregonero, este cofrade de a pie, vive cada Lunes Santo una de las emociones más intensas de su vida: procesionar por las calles de Granada, acompañando a Cristo muerto en la Cruz, acompañando al Cristo de San Agustín, en la noche primaveral del Lunes Santo.

Excmo. Sr. Alcalde.

Muy Ilustre Señor Vicario.

**Sr. Presidente de la Real Federación de Cofradías de
Semana Santa de Granada.**

Ilmo. Sr. Teniente alcalde, delegado de Cultura.

Muy Ilustre Señor Consiliario.

Ilmos. Sres. Concejales.

Señores miembros directivos de dicha Federación.

**Hermanos Mayores de las Hermandades y Cofradías
granadinas.**

**Hermanos cofrades, hermanas camareras, hermanos
costaleros y costaleras. Queridos señores y amigos todos.**



Quiero que este sea el pregón del fervor, de la más honda y auténtica devoción. Quiero que sea una oración, un canto sentido que alabe a Jesús, Dios Nuestro Señor, a su Santa Madre, la Inmaculada Virgen María que, en sus múltiples advocaciones, recorre las calles de Granada, en gigantesca y artística catequesis, en narración plástica del más grande acontecimiento que vieron los siglos: el milagro de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Quiero, por tanto, intento, que sea loa, que sea piropo, canto, pero sobre todo, que este pregón sea una verdadera oración.

No hace todavía mucho tiempo recibí una de las mayores sorpresas –y también de las mayores alegrías de mi vida– cuando mi querido amigo Gerardo Sabador me comunicaba que iba a ser yo el pregonero de la Semana Santa del año 2010. Sin recurrir al manido tópico de las falsas modestias, sí he tenido que plantearme una interrogante: ¿Por qué yo precisamente? Hace ya bastante tiempo que no intervengo en la narración de las procesiones de Semana Santa. Hace ya bastante tiempo que no estoy ante los micrófonos de Canal Sur Radio, en los programas de Cuaresma. Hoy sólo puedo enorgullecerme de ser un simple cofrade de a pie. De ser un nazareno que, año tras año, vive el momento irrepetible de vestir de negro y acompañar al Cristo de San Agustín, por las calles de Granada, en la noche del Lunes Santo. Poco mérito el mío para un honor tan señalado. Pero el que te designen pregonero de la Semana Santa granadina es algo tan hermoso, algo tan importante, que uno desecha temores y acepta lleno de alegría, aunque teniendo presente el alto grado de responsabilidad que he contraído al aceptar estar en esta tribuna. Alegría que se mezcla, desde el primer momento, con el temor a no estar a la altura de las circunstancias y también con el miedo a no ser del todo aceptado por la gran familia cofrade. Porque en seguida surge en mí el recuerdo de tantos y tan grandes pregoneros como han sido los que han cantado de manera bella y convincente a nuestra Semana Santa. Una Semana Santa que ahora recibe el reconocimiento del Interés Turístico Internacional, lo cual es una buena noticia. Y ahora resulta que yo soy el pregonero y no tengo ni vena poética, ni riqueza literaria, no tengo más méritos que mi intenso amor por la Semana Santa. No esperen de mí un hermoso canto poético para glosar la belleza de nuestras procesiones. ¡Qué más quisiera yo! Pero ya lo he dicho en muchas otras ocasiones, Dios, en su infinita sabiduría, no quiso concederme la gracia de poeta.





SEMANA SANTA Granada 2010

No me veo otro mérito que mi condición y mi vocación cofrade y, repito, mi amor por la Semana Santa en general y por la de Granada en particular, que la he vivido y la vivo, la he sentido y la siento, con tanta intensidad, con tan apasionado cariño, unas veces desde el mirador privilegiado de la Plaza de las Pasiegas, con el micrófono de Canal Sur en las manos; otras bajo el negro hábito de hermano del Cristo de San Agustín, como cofrade convencido, como cofrade consciente de que estamos realizando una estación de penitencia, de que estamos acompañando al Redentor en su lento caminar por las distintas estaciones de su Vía Crucis.

Por todo ello he aceptado con alegría y con un profundo agradecimiento. Con un muy hondo sentido de la gratitud hacia la Real Federación de Hermandades y Cofradías de Semana Santa de Granada, hacia las personas de mis entrañables y queridos amigos don Gerardo Sabador y don José Luis Clements; honda gratitud a tantos y tantos amigos que me han llamado, me han felicitado y animado para llevar a cabo este pregón. Las cartas que he recibido, este ambiente de amistad y protección que he sentido en derredor mío. Gracias, muchas gracias, por vuestro aliento, por vuestra ayuda, por el tesoro de vuestra amistad. Gracias a las autoridades eclesíásticas y a nuestro querido arzobispo por haber aprobado el nombramiento de este humilde pregonero.

Desde niño sentí la llamada de la Semana Santa. Recuerdo que mi querido padre me llevaba a presenciar las procesiones, y también muy joven vestí el hábito verde del Santísimo Cristo de la Esperanza en Murcia, mi ciudad natal, hasta que mucho más adelante vestiría con orgullo el hábito morado de esclavo de Nuestro Padre Jesús del Rescate y el de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Pero llegué a Granada, tuve la inmensa suerte, el inmenso privilegio de venir a vivir a esta ciudad, con mis padres y hermanos. Y enseguida me sumergí de lleno en nuestra Semana Santa. La bebí, la hice mía. Me la apropié y le hice donación de mis sentires, de mi espíritu, de mi vocación cofrade. Desde que la viera por primera vez en la estrecha, hermosa y emblemática calle Navas. Desde ese momento comprendí que yo pertenecía a la Semana Santa granadina y que era ella la que me adoptaba como hijo. Y empezó mi andadura cofrade en Granada.

Atrás quedaban recuerdos imborrables, retazos de mi vida, que fueron configurando mi vocación cofrade. Cuando de pequeño jugaba a procesiones, con capirotos hechos de papel de periódico, con santos de barro policromado que po-



díamos comprar en cualquier puesto. Y las largas esperas, expectantes, hasta que la procesión de verdad aparecía con sus heraldos habituales: las bandas de tambores y cornetas. La Semana Santa se hacía y se hace presencia viva en la ciudad. Viniedo del Levante, algunos pueden pensar que cuesta trabajo comprender la Semana Santa andaluza. Nada más lejos de la realidad, porque la Semana Santa tiene un lenguaje universal que se habla y se entiende en cualquier rincón de la geografía española. Pueden ser distintas en los aspectos externos, pero el sentido, el fondo, el mensaje y la lección, siguen siendo los mismos. Por eso es muy fácil que los granadinos nos entendamos y nos compenentremos con los hermanos cofrades de Sevilla, o de Córdoba, o de la cercana Málaga, o con los cofrades almerienses, o con los cartageneros, o los murcianos. Y hemos hablado y nos hemos comprendido rápidamente con los austeros castellanos, o con los extremeños que bien pueden presumir de tener una hermosísima Semana Santa. Todos hablamos el mismo lenguaje, todos coincidimos en nuestro amor por las sagradas imágenes, amor que no es sino el fiel reflejo del que sentimos hacia Cristo y hacia la Virgen. Por eso, digo, es tan fácil entenderse.

Cuando empiezo a leer este pregón me dejo arrastrar por los recuerdos, por las añoranzas y –por qué no decirlo– por las nostalgias. Como aquel buen día en que el director de Radio Popular, el ya fallecido don Manuel Fernández Peña, llevó a cabo la fundación de *Cruz de Guía*, programa dedicado a la Semana Santa granadina. Allí estábamos un reducido grupo de amantes de la Semana Mayor. El ya citado Fernández Peña, el inolvidable Pepe de Vicente, luego Tito Ortiz –que supo dar a *Cruz de Guía* un gran esplendor– y yo mismo, trabajando con pocos medios pero con un caudal inmenso de ilusión. Y nos queda la gran satisfacción de ver que hoy continúa el programa *Cruz de Guía*, siendo su director ese gran radiofonista, ese gran cofrade, que fue brillante pregonero de nuestra Semana Santa, mi querido amigo y compañero Jorge de la Chica.

Después los años inolvidables en Canal Sur Radio. Bajo el mando de Tito Ortiz nos reuníamos un nutrido grupo de personas íntimamente relacionadas con la Semana Santa: los hermanos Sabador, Paco Starly, Carlos Segura, Juanjo, Manolo Ocón, Jesús Juan Gómez, Jesús Ortiz, Pepe Carranza, Trini Rodríguez, Silvia de Luque, Barroso, Sebastián, más tarde Juan Bustos... Las largas e inolvidables noches de Cuaresma, en los estudios de la Calle Solarillo de Gracia, las hermosas tardes



SEMANA SANTA Granada 2010

noches primaverales, narrando los desfiles procesionales desde las Pasiegas, el contacto con la gente, las charlas fluidas con los que, desde primeras horas de la tarde, cogían sitio junto a la tribuna de Canal Sur, entre ellos grupos de costaleros que una tarde inolvidable, bajo su paso, me dedicaron su mejor regalo: una espléndida chicotá, desde la entrada a Pasiegas hasta los mismos micrófonos de Canal Sur. Qué mundo de recuerdos, qué cantidad de añoranzas vienen ahora a mi memoria, mientras voy escribiendo uno a uno los renglones de este pregón.

O aquellos otros momentos inolvidables. Como cuando mi buen amigo Jesús Muros me invitó a presentar el cartel de la Aurora, en el antiguo auditorio de la Caja Rural. Por cierto que cometí el fallo imperdonable de no nombrar al autor del hermoso cartel que presentábamos. Pero Manuel Lirola, siempre comprensivo, siempre tan cortés, tan caballero, supo con esa elegancia tan suya aceptar mis disculpas y tranquilizarme tras mi tremendo lapsus. Después vinieron momentos hermosísimos, cargados de emotividad. Mi presentación de la revista *La Chía*, gracias a la generosidad de Jorge Martínez Garzón, o el pregón del Costalero, organizado por la Cena y María Santísima de la Victoria, pregón que escribí pero que tuvo que leer Enrique Seijas por el fallecimiento inesperado de mi padre. Son recuerdos, vivencias, que se agolpan en mi memoria, con ese extraño sabor agrídulce de los tiempos pasados, con la nostalgia que es también triste y a la vez alegre, patrimonio de los que nos acercamos a la vejez.

Y ahora estoy aquí, en esta tribuna que ha sido honrada tantas y tantas veces por excelentes oradores, por buenos poetas, por espléndido pregoneros. Espero no demeracer demasiado de todos los que con tanta brillantez me han precedido.

Pero ¿qué es un pregón? Hay una definición que habla de anuncio que se hace en voz alta en los lugares públicos para que sea conocido por todos. Hay otra definición que se acerca más a nuestro propósito y es aquella que afirma que un pregón es un discurso elogioso que anuncia al público la celebración de una fiesta e incita a participar en ella. No es mala esta definición, bien ajustada a nuestra realidad, pero yo prefiero recordar que un ilustre pregonero, don Joaquín Alfredo Abras Santiago, ha dicho muy certeramente que el pregón puede ser considerado como “el primer golpe de llamador en el enorme paso de nuestra Semana Santa”. Creo que pocas definiciones hay más hermosas y acertadas de lo que es y lo que debe ser un pregón.



Ahora bien, ¿cómo se pregona algo tan hermoso, algo tan único como es la Semana Santa? Creo que solamente con un caudal inmenso de amor puede este pregonero atreverse a describir estos ocho días intensos en los que Granada se torna en Jerusalem y revive el drama de la Pasión en todas sus calles, en sus rincones más pintorescos, en los escenarios donde la belleza del paisaje va a ser altar en el que se exalte el milagro de la Redención. Granada una vez más va a sufrir con Cristo; Granada, profundamente mariana, va a acompañar a María en su lento caminar por las calles de esta ciudad, va a sentir muy hondo el dolor, el sufrimiento de aquellos acontecimientos que marcaron el devenir de la Humanidad y que culminaron con la gozosa resurrección de Cristo.



BREVE BOSQUEJO, HISTÓRICO

Tiene Granada una honda tradición de siglos en torno a la Semana Santa. No es algo de ayer, ni fruto de una moda, ni consecuencia de un especial estado de ánimo. La religiosidad popular de nuestra Semana Santa tiene hondas raíces históricas, desarrolladas a través de los siglos, con sus momentos de esplendor y otros de decadencia, pero siempre manteniendo una tradición, siempre congregándose en torno a unas celebraciones y alrededor de unas imágenes que fueron talladas por las más importantes gubias, pero sobre todo unas imágenes que fueron talladas por la Fe y el Amor.

Nuestra Semana Santa no siempre ha conocido el esplendor y la categoría que ahora presenta. En su larga historia, que arranca prácticamente desde nuestro Siglo de Oro, ha sufrido altibajos, momentos felices y otros en los que ha estado a punto de desaparecer. Sus inicios son especialmente antiguos y venerables en las tierras que estuvieron bajo la influencia de Castilla, pero Granada padece un retraso histórico –en el sentido cofrade– por la larga presencia islámica que perdura hasta los albores de la Edad Moderna.

Sinceramente no creo que sea éste el momento de hacer un estudio histórico sobre los avatares de nuestra Semana Santa. De ello se han ocupado voces mucho más autorizadas que la mía. Pero no quiero sustraerme a la tentación de



recordar, con el profesor Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz, que el origen de nuestras cofradías parece estar en las que fueron de la Vera Cruz, las Angustias y la Soledad, con presencia de disciplinantes y que procesionaban en los días del Jueves y Viernes Santo. Y siguiendo interesantes estudios se llega a la conclusión de que una antigua Hermandad de Jesús Nazareno va a ser algo así como antecedente, en cuanto a tipo de procesión, de nuestros actuales desfiles. Y también en estos remotos tiempos se va configurando la procesión del Santo Entierro, como aglutinante y máxima representación de la Semana Santa.

Tiene el siglo XVIII sus luces y sus sombras. La Ilustración no fue precisamente positiva para el esplendor de las procesiones. El ensoberbecimiento de los déspotas ilustrados es el que hace que el Conde de Aranda afirme que las cofradías son enemigas del Estado. Donosa interpretación de cuál es la inspiración y el contenido de las normas que regulan la vida de las hermandades. Esta clara hostilidad no logra sus objetivos por la reacción popular. No mejorarán mucho las cosas en los inicios del siglo XIX, con la invasión de los franceses, que muchas veces ocupan y dañan considerablemente los templos, y más adelante la lamentable desamortización de Mendizábal será otro serio escollo para el normal desarrollo de nuestros desfiles procesionales. En el liberalismo y en la desamortización se advierten maniobras tendentes a prohibir las manifestaciones religiosas.

Pero la Semana Santa tal y como la conocemos tiene su origen en los primeros años del siglo XX, cuando también atravesará momentos difíciles en los años treinta, por las circunstancias políticas y el clima antirreligioso de la época, sin que podamos olvidarnos del doloroso paréntesis de la Guerra Civil, para retomar normalidad y brillantez en los años 40 y parte de los 50, sufriendo después una serie de avatares y problemas que llevaron a algunas cofradías a una gran crisis. Distintos movimientos, entre ellos el formidable entusiasmo de los hermanos costaleros, salvó definitivamente nuestra Semana Santa, que hoy se ofrece en todo su esplendor y con un mayor contenido de religiosidad y fervor, como bien demuestran las ejemplares hermandades que han surgido junto a las ya tradicionales.

LA EXCEPCIONAL HERMOSURA DE NUESTRA SEMANA MAYOR

Pero ¿cómo es nuestra Semana Santa? ¿Cómo es en realidad la Semana Santa granadina? ¿Qué es lo que la hace diferente, única, irrepetible? Durante esos días parece que toda España se convierte en un gigantesco altar para conmemorar el drama de la Pasión. Sevilla, Córdoba, viven con intensidad su rica tradición cofrade; Jaén, con la venerada imagen del Abuelo que bendice con su presencia, el dédalo, el entresijo mágico de sus perdidas callejas; Málaga, con su mágico esplendor, con la riqueza de sus tronos y la pérdida irreparable de tantas imágenes salvajemente destruidas en la Guerra Civil, como bien recuerda González Anaya en su novela *Las vestiduras recamadas*; Murcia, con su apoteosis barroca; Cartagena con su influencia marina y militar; Valladolid y el reflejo de las obras del gran Gregorio sobre el espejo límpido del Pisuerga; Zamora, paradigma de la austera religiosidad castellana, que se asoma sobre el lento caminar del Duero y se refleja en los pórticos de su inmensa riqueza románica; Cáceres, que ve desfilar por sus calles medievales su esplendorosa Semana Santa. Y en nuestra provincia, Baza, Huéscar, Guadix, Padul con sus séquitos romanos; Loja con sus incensarios; Almuñécar y Motril, junto al mar; Salobreña, que ve descender al Crucificado por sus calles en cuesta que van, como los ríos, a morir a la mar.



Pero Granada... Y es que Granada es única, irrepetible. Granada es templo y palio, es Jerusalem, es el Gólgota, es el Huerto de los Olivos, es el Silencio junto al Darro, es la sublimación del dolor de una madre, bajo el arco de la Puerta de la Justicia en el recinto alhambrenño; es el lento doblar de la campana en la noche oscura de San Antón; es la explosión popular de la bendita Greñúa, por el Campo del Príncipe; es la Sentencia y las Maravillas en su solemne estación de Penitencia; es el Trabajo y la Luz por el paisaje zaidinero; es el austero Vía Crucis; es la llamada del mar en la salve marinera del Rosario; es la Soledad de San Jerónimo, que se mece entre el perfume de azahar de los naranjos; es el Sr. de la Humildad, sublime en su dolor; es la estampa hermosa del Nazareno y la Merced; es el Cristo de los Escolapios que se asoma al Genil desde el Puente Romano; es el humilde Cautivo por la plaza de Alonso Cano es la Esperanza que se enseñorea de la noble perspectiva de Plaza Nueva; es la salesiana procesión de la Redención y Salud; es la hermosura poética del Albaicín en el Amor y Entrega, en la Concepción; es la severa solemnidad del Santo Sepulcro.

Granada es la Aurora por los Grifos de San José; es el sueño de cobre de los Gitanos, de la Señora del Sacromonte, con su guardia de honor de hogueras que hacen guiños al amanecer que ya se anuncia. Es la Lanzada; es el Cristo de los Ferroviarios que avanza por la Gran Vía, con el telón de fondo de la Sierra; es el Jesús triunfante de la Entrada en Jerusalem, pasando por el oriental Arco de Elvira; es la Estrella que mira a la ciudad desde lo alto de San Cristóbal; es la cofradía universitaria, severa a su paso por la plaza del saber, junto a la noble mole de la Facultad de Derecho; es el Rescate, Señor de Granada, por el viejo y señorial barrio de la Magdalena. Granada es el Despojador, Granada es las Penas, Granada es...

Y el Triunfo de la Vida sobre la Muerte en la tarde radiante de la Resurrección, que tuvo su prólogo en la entrañable procesión de los Facundillos; es el Señor Resucitado de Regina Mundi, es la Señora del Triunfo que nos llega desde el Zaidín. Granada es los Dolores junto al Darro, al pie de la colina donde se marcan las siluetas de las torres alhambrenñas. Granada es Puerta Real, es San Matías, es la calle Navas, la Plaza del Carmen, las Pasiegas en el momento solemne, único, emotivo, pleno de fervor y religiosidad, de la entrada en la Catedral para la estación penitencial. Granada es los Olivos en la estrecha calle de Santiago. Es la hermosura desbordante de la Victoria y la Cena por las calles del Realejo. Granada es...





SEMANA SANTA Granada 2010

Granada es Granada, sueño renovado cada primavera, mientras, como dijo Manuel Machado, el agua oculta llora. Granada en Semana Santa es más Granada que nunca, más intensa, más plástica, más espiritual, más nuestra. Granada se torna cofrade en primavera y como cofrade que es se convierte en Tierra Santa, en escenario vivo y doliente, estremecido, íntimo y a la vez extrovertido, del acontecimiento más grande, más dramático, más terrible y al tiempo más pleno de consuelo que contemplaron los siglos: la Pasión y Muerte de Cristo, su Gloriosa Resurrección.

Granada, repito, es templo, es palio, es Jerusalem, gracias al milagro que ocurre cada primavera, merced a la Fe, merced al cariño, a la devoción, al amor que el cofrade siente por esta Semana Santa, esta Semana Mayor que, como dijo Manuel Alcántara, es mayor porque dura ya más de dos mil años.



LOS GRANDES IMAGINEROS, PREGONEROS DEL EVANGELIO

Pero ¿cómo puede uno cantar la Semana Santa, si ya ha sido cantada por los mejores pregoneros, por los más grandes poetas, por los que saben cincelar las palabras, hacer más brillante y hermoso el idioma? ¿Cómo puedo cantar la Semana Santa si la inspiración de los más grandes imagineros hacen, día a día, un pregón eterno gracias al milagro de sus gubias?

Hoy recuerdo las palabras de mi querido amigo, desgraciadamente desaparecido, el ilustre periodista Juan Bustos Rodríguez, cronista oficial de esta ciudad, cuando desde esta misma tribuna decía en el año 1991, refiriéndose a los grandes escultores, a los grandes imagineros, inspirados sobre todo por una profunda Fe, haciéndoles decir ante la maravilla de una sagrada imagen: “Este cuerpo, sí, fui yo quien lo hice; la cabeza no, la cabeza la hizo Dios”.

No hay pregón más hermoso, no hay pregón mejor dicho que contemplar la belleza dolorida de un hermoso rostro de cualquiera de nuestras Vírgenes, o el poder contemplar el gesto angustiado de un Cristo que sufre bajo el peso del madero, de un Cristo que expira clavado en la Cruz. Ningún pregón podrá compararse al que describe la inmensa tristeza, la desolación de la Soledad ante la Cruz vacía, o el dolor materno plasmado en la más hermosa composición: la madre dolorosa con el hijo muerto, entre sus brazos, cerca de su regazo, en el ejemplo más sublime



y hermoso de amor maternal. Ese dolor inigualable que supieron plasmar Torcuato Ruiz del Peral, Francisco Salzillo y, sobre todo, el inmenso Michelangelo en su Piedad romana.

Ellos fueron, ellos son y siguen y seguirán siendo los grandes pregoneros de nuestra Semana Santa. Sin necesidad de palabras, con el lenguaje eterno de la plasmación plástica de los momentos más trascendentales que narra el Evangelio. Y qué categoría la de estos pregoneros de la gubia y el cincel. Jacopo Fiorentino, el inmenso Diego de Siloé, venido de tierras castellanas e impregnándose de lo mejor del barroco andaluz, ofreciendo a cambio las impresionantes muestras de su arte religioso. Diego de Aranda, Pablo de Rojas, Pedro de Mena, José de Mora, que sigue estremeciéndonos de emoción una y otra vez, ante el milagro renovado de sus imágenes; Diego de Mora, todo el círculo de tan grandes imagineros, José Risueño; el accitano Torcuato Ruiz del Peral y sus excepcionales composiciones escultóricas.

Y luego, más próximos en el tiempo, Manuel González Santos, Espinosa Cuadros, Manuel Roldán de la Plata, Francisco Morales... Ellos tenían el honor de cantar el dolor de María, el sufrimiento de Jesús. Ellos, bajo el influjo de la inspiración divina, eran capaces de traducir en hermosas imágenes las escenas que narran los evangelistas. Jiménez Mesa, Espinosa Alfambra, Díaz Fernández, imagineros granadinos que, gracias a su fe religiosa, a su profundo conocimiento de la Pasión de Cristo, supieron hacer de la madera una de las más fervorosas oraciones, oración que, año tras año, repiten todos los cofrades granadinos.

Milagro del arte, milagro de la inspiración. Aún más cercanos en el tiempo: don Aurelio López Azaustre, don Domingo Sánchez Mesa, don Miguel Zúñiga Navarro, don Antonio Barbero Gor. Y los grandes artistas del siglo XX que nos llegaron de otros lugares de Andalucía y nos han brindado las mejores obras salidas de sus talleres, para enriquecer la Semana Santa granadina, todos ellos siguiendo la tradición barroca, todos ellos aportando su propia y recia personalidad, pero sin perder de vista la tradición que tanta importancia tiene en cualquiera de nuestros desfiles procesionales. Nombres como los de Joaquín Dubé de Luque, o Ramos Corona, o Luis Álvarez o González Jurado, que se unen a la nutrida y brillante nómina de grandes pregoneros que hablan, rezan, transmiten su religiosidad a través de sus grandes creaciones imagineras.



SEMANA SANTA Granada 2010

Muchas son las veces que nos quedamos en silencio, meditando ante una de esas imágenes que han herido de belleza nuestra retina. Una de esas imágenes que, de pronto, se han metido en nuestro corazón y han hecho vibrar nuestros sentimientos, han sido como un aldabonazo en nuestras conciencias. Imágenes ante las que nos hemos emocionado. Imágenes a las que rezamos, imágenes a las que amamos por ser el símbolo, el retrato aproximado de quienes nos han redimido: Jesús, Salvador y Redentor del Mundo. Y María Santísima, Madre y Reina del Universo, co-redentora, intercesora nuestra ante su Divino Hijo.

Pregón hecho de nobles maderas. Pregón realizado con el sudor del trabajo diario, con la inspiración que le llega al artista que cree, que espera, que sabe que llegará el momento en que pueda plasmar todo lo que su corazón, todo lo que su talento puede ofrecer al mundo. Bendito pregón que genera devociones, que provoca la más intensa emoción, que hace rezar, que nos acerca a las divinas personas, que nos hace reafirmarnos en nuestra fe. Porque no hay la menor discusión posible: la Semana Santa es un grandioso milagro de la Fe. Sin el espíritu auténticamente cristiano, sin la trascendencia religiosa, la Semana Santa no sería nada, absolutamente nada.

QUÉ HERMOSA LA SEMANA QUE EN DOMINGO DE RAMOS EMPIEZA

Se abre ante nosotros la Cuaresma, tiempo de meditación, tiempo de penitencia, tiempo de reconciliación con Dios. Se acerca la hora en que toda Granada se engalana, se prepara para ofrecer este Evangelio, hecho imagen, para vivir con intensidad inusitada el drama de la Pasión. Pero este drama deja entrever el final glorioso de la Resurrección, base y pilar de nuestra Fe. Ahora, en muchos ambientes, parece que no está bien visto ser cristiano. Pues desde este pregón yo quiero insistir, yo quiero seguir insistiendo, que solamente desde nuestra condición cristiana las santas efemérides que conmemoramos tienen sentido.

Tenemos que hablar claro y alto. Tenemos que posicionarnos como creyentes, como miembros de una Iglesia. Nuestro fervor cofrade tiene que estar basado en eso, en el compromiso, dejando a un lado modas y tendencias, con la autenticidad de la Fe, incluyendo las incomodidades que de ello puedan derivarse. El mundo cofrade no es ni puede ser cofrade sólo en las fechas de Semana Santa. El mundo cofrade tiene que estar siempre ahí, dispuesto. La vida cofrade se extiende a lo largo de los 365 días del año. Se vive, se respira, se actúa, se siente siempre en cofrade.

Desde el Miércoles de Ceniza hasta el Domingo de Resurrección, somos un hervidero de ilusiones, de entusiasmo, de nervios también –por qué no decirlo–, de preparativos. Se suceden y multiplican cultos y actos piadosos. Se ultiman



detalles. Ensayan los costaleros en el frío de las noches invernales, por las calles casi desiertas de Granada. Ensayan y sueñan los jóvenes componentes de las bandas y agrupaciones musicales, venciendo dificultades, luchando contra mil obstáculos, pero llenos de ilusión, llenos de una extraña energía, que les hace desafiar el frío de la noche a la intemperie, con tal de conseguir los objetivos que se habían marcado y que tendrán su culminación en los desfiles procesionales de la próxima primavera.

Van pasando lentos los días cuaresmales. Se aproximan las fechas con las que se ha estado soñando durante todo un año. Bien es verdad que la actividad de las cofradías y hermandades no se reduce sólo a la Estación de Penitencia, pero también es cierto que ésta es la culminación de todo un año cofrade. El Viernes de Dolores es una de las fechas más hermosas, más queridas para el que siente, quiere y vive la Semana Santa. El Viernes de Dolores se parece a ese umbral que hay que franquear para llegar al sitio elegido. Advocación mariana de enorme fuerza, fundamental para el buen cofrade. El Viernes de Dolores marca el comienzo de esa gran cita que todos las primaveras tenemos con la Semana Santa, con la representación del drama de la Pasión, con el revivir los pasajes más dramáticos e intensos que nos narran los Evangelios.

Y amanece luminosa la mañana del Domingo de Ramos. Ahora surgen otras preocupaciones. El cofrade mira continuamente al cielo, se empapa de los partes meteorológicos que ofrecen los medios de comunicación. No, no es posible. Este año no puede, no tiene que llover. Este año vamos a vivir una Semana Santa inolvidable. ¡Qué hermosa es la Semana que empieza el Domingo de Ramos! ¡Cómo brilla el sol, sin una nube, con un cielo intensamente azul, despejado! Sale la gente a la calle. El ambiente es tibio, primaveral, perfumado por el azahar que, como blanco incensario, despiden los naranjos. Todas las iglesias de Granada están llenas. Es la mañana del Domingo de Ramos y se bendicen los ramos de olivos, y se procede a vivir la jornada litúrgica. ¡Qué bonita que está la Plaza de las Pasiegas, con todo a punto para que empiecen las estaciones de Penitencia! ¡Qué luminosa, qué espléndida está Birrambla, Puerta Real, Reyes Católicos! Pasa rauda la mañana y las familias regresan a sus casas portando los ramos benditos. En algunos casos son palmas, en otros, los ramos de olivos que permanecerán durante todo un año en un lugar especialmente escogido de los hogares cristianos.



SEMANA SANTA Granada 2010

Es la primera hora de la tarde. Se cumple el ritual, precioso, de todos los años. Golpes secos sobre la puerta de la iglesia del Perpetuo Socorro. La cofradía de Santa María de la Alhambra va a entregar la llave de la Semana Santa a la hermandad que abre todo el ciclo procesional granadino.

***DICE EL EVANGELIO DE SAN LUCAS:** Los discípulos se llevaron el borrigo, lo aparejaron con sus mantos, y ayudaron a Jesús a montar. Según iba avanzando, la gente alfombraba el camino con los mantos (...) y entusiasmados se pusieron a alabar a Dios (...) diciendo Bendito el que viene en nombre del Señor. Paz en el cielo y gloria en lo alto. (Lucas 19, 20-40)*

La Semana Santa ya ha empezado. La Borriquilla está en la calle y la ilusión se refleja en los ojos de los niños que llenan todo el recorrido. También niños ataviados de hebreos, portando palmas, forman el cortejo alegre, ilusionado, que seguirá un itinerario de ensueño por la Granada monumental y tendrá como momento culminante el paso por la majestuosa Puerta de Elvira, así como su discurrir por una de las calles más auténticas de la Granada de siempre. Esta Granada que se rinde emocionada ante el paso bellissimo de Nuestra Señora de la Paz.

Y la alegría del Domingo de Ramos llevará al granadino hasta la Plaza de Santo Domingo. Allí está la Cena, allí está María Santísima de la Victoria. Permítasele al pregonero volver a ejercer de nostálgico y que recuerde uno de los momentos más emocionantes de su vida, cuando la Cofradía de la Santa Cena Sacramental le dispensó el altísimo honor de hacer la levanta del paso de palio, como pregonero que fue del costalero, hace de esto muchos años. Desde entonces llevo en el corazón a esta cofradía y un cuadro que representa a María Santísima de la Victoria ocupa lugar de honor en el cuarto de estar de mi casa. Hermoso grupo, bello paso de misterio que concibiera Espinosa Cuadros y la extraordinaria, dulce, belleza del rostro de la Virgen. Cofradía de honda raigambre granadina que se adentra por el barrio del Realejo, barrio cofrade donde los haya. y que retornará de nuevo a la puerta de la iglesia de Santo Domingo. Y es cuando en mi recuerdo resuenan los versos de aquel gran granadino y gran cofrade que fue don José Gómez Sánchez-Reina:





**A la plaza del Realejo
La plaza de los cantares
Cuando el Domingo de Ramos
La Virgen sale a la calle
La Virgen de la Victoria
Blanca como los azahares
Bajo su paso de palio
Como una pluma en el aire.**

Otro barrio cofrade, el Albaicín, también está presente en la tarde del Domingo de Ramos. La hermosísima, incomparable Carrera del Darro va a ser escenario de privilegio que enmarcará al Jesús que tallara Mora, en el momento de la lectura de la sentencia más injusta y cruel que conoció la Humanidad. Y por esa misma Carrera del Darro el pueblo se conmueve con el dolor que refleja el bello rostro de las Maravillas.

Dice el Evangelista que los soldados tomaron los vestidos de Jesús, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y la túnica. Lo han despojado de sus vestiduras. Han consumado la gran humillación, se sortean sus prendas y proceden a clavarlo en el infamante madero de la Cruz. Manuel Ramos Corona supo captar todo el dramatismo de ese momento del despojo, y lo refleja en el rostro, triste, angustiado, transido de dolor.

Y luego está el Cautivo que procesiona junto a María Santísima de la Encarnación. Confieso que aprendí a amar a esta Cofradía cuando, a primeras horas de la tarde, transmitía desde las Pasiegas su salida de la iglesia del Sagrario. Desde el primer momento me emocionó su sencillez, su maravillosa humildad. Tiene mucho de franciscana esta cofradía, con una talla tan hermosa, de un Cristo maniatado, con túnica blanca, con mirada humilde hacia el suelo. Dubé de Luque estuvo inspirado en las dos imágenes de esta cofradía que recorre el centro de Granada, paseando su ejemplar sencillez, su austera belleza, por las calles más céntricas, llenas de un sutil encanto, de una Granada severa y señorial. Y yo, cuando contemplo el hermoso rostro, lleno de bondad y dulzura, del Cautivo, no puedo por menos de recordar de





SEMANA SANTA
Granada 2010

nuevo al gran Lope de Vega cuando creaba estos versos que parecen estar pensados y escritos para el Cautivo:

*¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?*

*¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!*

*¡Cuántas veces el ángel me decía:
“Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía”!*

*¡Y cuántas, hermosura soberana,
“Mañana le abriremos”, respondía,
para lo mismo responder mañana!*

La tarde del Lunes Santo empieza trayéndonos el aroma procesional del popular barrio del Zaidín. El Cristo del Trabajo y María Santísima de la Luz desfilan por Granada, desde la parroquia del Corpus Christi. Impacta el impresionante Cristo que ideara Espinosa Alfambra, angustiado, rendido ante el peso del sufrimiento, del tormento. Agobiado por el madero se apoya en un tronco de árbol. La cara, el rostro de Cristo refleja un hondo patetismo. Más atrás, en el paso de palio, la Virgen muestra un dolor sereno, en un gesto que revela un sufrir intenso pero muy íntimo.

La Virgen de los Dolores, bajo su palio salmón, enfila la hermosa Carrera del Darro, precedida por las blancas túnicas, con la cruz de San Andrés en los antifaces, de sus cofrades. Arriba, las torres de la Alhambra parecen contemplar el paso de la procesión, mientras que el agua del Dauro –río de oro– pone un bello



contrapunto a la marcha que compusiera don Francisco Higueros, en honor a la hermosa talla que surgió de la inspiración de López Azaustre.

Luego, cuando la noche se acerque a la madrugada, de regreso a su templo, los costaleros iniciarán la última chicotá y el capataz, con voz ligeramente enronquecida por la emoción, dirá eso tan hermoso de “al Cielo con Ella”. Y será la última levantá hasta el próximo año. Y abajo el río de oro seguirá murmurando quedamente.

En la tarde del lunes, el Señor de Granada, el Cristo del Rescate, pasa entre las viejas y señoriales calles del barrio de la Magdalena. Como en ademán de andar, después de recibir un duro suplicio. Enamora su gesto de resignación, emociona su serena belleza, su honda espiritualidad que tan bien supo captar Mora. Y a sus pies un trono de rojos claveles forman una espesa alfombra que el amor y la devoción de los granadinos le ofrece cada año.

Por la estrecha calle de Santiago pasa el Huerto y María Santísima de la Amargura. Túnicas y capas blancas y antifaz azul. Sánchez Mesa compone un grupo escultórico de gran calidad artística, inspirado en el de Salzillo, si bien el imaginero granadino tenía una idea distinta, aunque siguió el criterio de la cofradía. Y tras el Huerto, la escuela de los Mora ofrece otra hermosa muestra de su arte. La Amargura inunda de belleza las calles del Realejo. Cuando los dos pasos entran en la de Santiago, se suceden las saetas, los piropos, las emociones a flor de piel. Los Morente cantan con pasión a su Virgen y Enrique le dedica su mejor saeta, con la melodía de Amarguras. Ya están entrando, qué hermoso paso de misterio, qué bellísima Virgen. Comprensible resulta el fervor, el amor apasionado de los granadinos ante esta entrada excepcional por el difícil portón de las Comendadoras.

Se ha hecho el silencio. Desfilan austeros los hermanos del Cristo de San Agustín y Nuestra Señora de la Consolación y el público enmudece henchido de respeto. Toda la procesión es un ejemplo de silencio y de piedad. Al regreso, las luces de la calle de San Antón están apagadas. Sólo se ven las llamas de los cirios y, a su débil luz, se adivinan las siluetas negras de los penitentes. Silencio roto por el sonido del muñidor y por las intervenciones de la capilla musical. Al doliente quejido del muñidor contesta la campana del Ángel Custodio, doblando. Es un momento único. En medio del más respetuoso silencio se eleva en el paso la bellísima talla del Crucificado que esculpiera Jacobo el Florentino. Y me vienen a la





SEMANA SANTA Granada 2010

memoria los hermosos versos de un gran cofrade y pregonero, José Luis Clements, que, emocionado, canta así a nuestro Cristo en la madrugada del Lunes Santo.

*No hay en el mundo una Cruz, que duela, como Tú dueles,
Ni hay en la tierra una luz, que ilumine entre tus sienes
Lo que desprende tu rostro por estos cielos celestes.
Santo Cristo de Granada de salvadora esperanza
Luz eterna en mi vida y socorro de mi alma.*

*No hay en el mundo un martirio, que duela,
Como Tú dueles,
Ni hay en la tierra un delirio que aguante lo que Tú puedes
Soportar entre los clavos siendo Tú, el que Tú eres.
Santo Cristo de Granada de protectora esperanza,
Luz eterna en mi vida y auxilio de mi alma.*

*No hay en el mundo un dolor, que duela, como Tú dueles,
Ni hay en la tierra un sufrir que socorra como vele
Tantas almas doloridas buscando quien te consuele.
Santo Cristo de Granada de consoladora esperanza,
Luz eterna de mi vida y amparo de mi alma.*

*No hay en el mundo un poder, que pueda, lo que Tú puedes
Ni hay en la tierra una cruz con la Salvación prendida
Desde el clavo de tus pies hasta las espinas de tus sienes.
Solemne, austero, silente, perpetuo dolor clavado,
Lirio de amores doliente, nácar de ocaso callado.
Cristo de San Agustín, Sagrado Protector mío.
¡No hay en el mundo quien muera, viviendo como Tú mueres!*

Y tras el Cristo, en las primeras horas de la madrugada, la Virgen, la Madre de la Consolación, hace su entrada en el templo, mientras la calle poco a poco recupera su normalidad. Adentro, todavía quedan las preces.





El camino de la Cruz, el Vía Crucis, se hace realidad en el Martes Santo granadino. Es lo cierto que el Vía Crucis es Albaicín y que el barrio más universal de Granada se convierte en camino del Gólgota. Y en este Vía Crucis, Nuestro Padre Jesús de la Amargura impacta con su excepcional belleza, donde la inspiración de Mora se muestra en todo su esplendor. Hay que detenerse ante este magnífico Nazareno, ante el dolor angustiado que refleja su rostro, ante el cansancio, la fatiga y el quebranto que sugiere su figura, su gesto, su cuerpo que se inclina, vencido por el peso de la Cruz. Y detrás el gesto compungido, doliente, de una tristeza infinita, de la Madre, el dolor silente de una imagen cuya palidez hace más intensa la sensación de dolor. Y es el Albaicín el itinerario más fantástico, pleno de belleza y plasticidad y que, con su singularidad, acentúa el dramatismo de este Vía Crucis.

El Zaidín ha sabido integrarse en el mundo cofrade a base de entusiasmo, de trabajo, de entrega y sacrificio. Y en la tarde noche del Martes Santo, el Zaidín llega hasta el centro de Granada con el Cristo de la Lanzada, acabado estudio anatómico del gran escultor Antonio Barbero. Y no sólo estudio anatómico, sino bella plasmación de un momento narrado por el Evangelio. Cuando Jesús ya muerto es atravesado por la lanza de Longinos y de la herida del costado mana sangre y agua. Por la Catedral, por la calle Alhóndiga y por San Antón, impacta la doliente figura de la Virgen de la Caridad, donde Zúñiga Navarro supo sintetizar el dolor de la Madre ante el Hijo muerto.

Supone el Evangelio una continua lección para los cristianos. Y entre los pasos de misterio de nuestra Semana Santa, nada mejor que este hermoso Cristo, del círculo de los Mora, para ofrecernos esa lección de humildad, esa sencillez, esa resignación, ese entregarse a la voluntad del Padre. Así vemos al Señor de la Humildad, con su humilde caña, simulacro de cetro, en las manos, malherido, azotado, con la triste y dolorida mirada hacia el suelo. Qué sublime lección de humildad, de dulce tristeza. Y el talento y la inspiración del decimonónico Manuel González consiguen plasmar una imagen de la Soledad de inusitada belleza, de un dolor impactante, con las manos alzadas entre las que aparece el sudario. Desde Santo Domingo sigue un hermoso itinerario por zonas del Realejo y por el centro.

Y desde Plaza Nueva por el Realejo, por San Matías, Villamena, Elvira... despliega todo su esplendor la hermosa imagen de la Esperanza que concibiera Risueño y con ella discurre la serena imagen del Nazareno, Nuestro Padre Jesús



SEMANA SANTA Granada 2010

del Gran Poder, con su cruz arbórea, inclinado bajo su peso, sujetando con las dos manos el madero. Ramos Corona, siguiendo la rica tradición barroca andaluza, consiguió que el rostro de Jesús refleje un intenso dramatismo, describiendo en el gesto todo el dolor, todo el cansancio, todo el sufrimiento de su martirio. Frente a esta dramática imagen, Risueño concibe una bella Dolorosa de grandes ojos, de expresión concentrada agobiada por la pena. Risueño, artista genial y cofrade, hizo con esta imagen su mejor donación a la rica iconografía pasionaria granadina.

Decía el insigne poeta granadino García Lorca: “por el olivar venían, bronce y sueño; los gitanos”. El Miércoles Santo bien podría decirse que, por la Carrera del Darro, por la Cuesta del Chapiz, por el Peso de la Harina, por las cuevas del Sacromonte, cobre y sueño, suben los gitanos a su Virgen, a su Cristo, hasta la hermosa Abadía que se yergue, entre su fantástica historia y su formidable leyenda, mientras brotan las hogueras y las gargantas emocionadas entonan un sinfín de saetas. Granada vive una de sus jornadas más hermosas, más intensas. José Risueño esculpió el Consuelo, un Cristo de cuatro clavos, de semblante sereno. Mana la sangre de su costado derecho. Es un Cristo donde la divinidad y la humanidad parecen darse la mano, con esa contracción angustiosa del cuerpo, tenso ante la realidad de la muerte.

*Al verte, mástil sin vela
y abandonado del cielo
intento darte consuelo
y eres Tú quien me consuela.*

Que escribiera Benítez Carrasco. Y ELLA, la Señora del Sacromonte que esculpió Manuel González, de rostro muy joven por el que discurren las lágrimas. Y el cobre en los enseres, y el cobre en el colorido, y el cobre presente como exponente claro de que es del Sacromonte y al Sacromonte vuelve en la madrugada del Miércoles al Jueves.

Miércoles Santo en Granada, cuando el barrio de San Matías toma legítimo protagonismo con Nuestro Padre Jesús de la Paciencia en la dramática composición



escultórica que ideó Pablo de Rojas, atado a la columna, y la hermosa imagen de María Santísima de las Penas. Todo San Matías se agolpa para ver la impresionante salida desde la iglesia imperial. Después, el discurrir por Navas, la llegada a la Catedral, la calle de Pavaneras, la Placeta de los Girones y el regreso, por la Cuesta del Progreso hasta su sede

Miércoles Santo del Realejo con el impresionante Nazareno caído bajo el peso de la Cruz. Y con la Virgen del Rosario, ésa que pone lágrimas en los ojos y alegría en el alma, cuando, en la solemnidad de la noche, los marineros cantan la salve, la hermosa salve del mar, la hermosa salve marinera, esa canción del mar que cantan los marineros pero que el pueblo ha hecho suya. Nadie quiere perderse los primeros compases de la banda y las voces marineras que cantan las hermosas estrofas, como una nueva letanía en honor a la Virgen del Rosario:

*Salve, Estrella de los mares,
De los mares iris, de eterna
Ventura.*

*Salve, ¡oh! Fénix de hermosa
Madre del divino amor.*

(.....)

Miércoles Santo del Nazareno, dramática y realista imagen tallada por Barbero Gor. La cruz a cuestas por la calle de la Amargura. Y esa calle de la Amargura son las calles del centro de Granada que te verán pasar entre el respeto y la admiración. Y mirarán con amor a la Merced que creara la escuela de Mena, allá por el siglo XVII. Y en el fondo del corazón nacerá un piropro que a lo mejor se convierte en saeta que rompe el silencio de la noche.

Miércoles Santo en la Cofradía Universitaria con el impacto emocional y artístico del Señor de la Meditación. Por la plaza de la Universidad, por uno de los lugares más emblemáticos de Granada, junto a la Facultad de Derecho, en itinerario que día a día recorren miles de estudiantes. Por allí se recortarán las figuras de Jesús y María y desde lo alto de su pedestal, siempre mutilado por los enemigos de la cultura —qué gran paradoja— contempla Carlos V el desfile de la cofradía de los estudiantes.



SEMANA SANTA Granada 2010

Dijo Jorge de la Chica que el Jueves Santo es del Albaicín. Y creo que tiene sobrada razón. Es el barrio granadino por excelencia, el que domina a la ciudad desde un cerro, ese barrio que se desparrama cofrade por todas las calles de Granada. Y se produce uno de los grandes milagros plásticos que solamente puede tener esta Semana Santa que es única. Pero antes, antes de recibir a las hermandades albaicineras, nos tendremos que parar en el Puente del Genil, y si nos damos un poco de prisa podremos también llegar hasta la Carrera de la Virgen para contemplar al hermoso Cristo de la Redención y a Nuestra Señora de la Salud que, desde la iglesia salesiana del Zaidín, se dirigen a la catedral para la Estación de Penitencia. El ánimo se suspende ante el dolor sublime de la Salud, ante su gesto dolorido, con la mirada a media altura, esa mirada que refleja todo un mundo de sufrimiento.

Después... después es el Albaicín el que se enseñorea de la ciudad. Es el Albaicín presente con la imagen del Perdón, en la dramática visión que Siloé hace de Cristo atado a la columna. Y es el esplendor de la Aurora, la hermosa escultura mariana del XVIII, la que es reina del Albaicín, la que desde la Plaza de San Miguel Bajo inicia su andadura, en medio del fervor del pueblo. Es el momento irrepetible del paso por los Grifos de San José, que inspiraron al maestro Sánchez Ruzafa una briosa marcha de palio. O su paso por la Cuesta de San Gregorio, o cualquiera de los rincones de su itinerario. Y Ella, bajo su palio blanco que, de forma magistral, supo plasmar de nuevo Sánchez Ruzafa en una de las marchas más hermosas y emotivas de toda la Semana Santa.

El Albaicín es la Estrella desde el Mirador de San Cristóbal. Y es Nuestro Padre Jesús de la Pasión. Por un itinerario de ensueño, donde se dan las más hermosas vistas, el paso de la procesión sobrecoge, emociona, llena de lágrimas los ojos. Sonarán las marchas procesionales, se escucharán esos dardos poéticos y melódicos, esas cortas oraciones que son las saetas. Y Granada vivirá otro de sus momentos más emocionantes, más auténticos.

Y el Albaicín será el Amor y la Entrega y María Santísima de la Concepción. La carrera del Darro, Plaza Nueva, Pavaneras, San Matías, se convierten en templo para cobijar la belleza serena del nazareno, para acompañar el dolor resignado, íntimo, de la Concepción.

Y Albaicín será también Silencio. El impresionante Crucificado de José de Mora recorrerá las calles de Granada, bajo la luz plateada de la luna, en medio del





más profundo silencio. Será la madrugada del Jueves al Viernes Santo. Allí enmudece Granada. Allí la oración parece brotar más espontánea. No hay más música que el lento arrastrar de los pies de los penitentes. Y el lejano sonido del tambor sordo, con su peculiar son. No hay más sonido que la respiración entrecortada por la emoción de los que contemplan el paso del impresionante cortejo. Y allá en el fondo de los corazones, alguien puede recordar con Fray Miguel de Guevara esta sencilla y bella oración que surgió en el siglo XVI.

*No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido;
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido,
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
Que aunque no hubiera cielo, yo te amara
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.*

*No tienes que me dar porque te quiera,
Pues aunque cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.*

Granada entera se concentra, a las tres de la tarde del Viernes Santo, en el Campo del Príncipe. Allí se ha convertido de nuevo Granada en Jerusalem y allí está el Monte Calvario, allí está el Gólgota. Sobre la impresionante cruz de piedra se destaca la figura de Cristo Crucificado. A las tres en punto de la tarde, Granada vive el momento más intenso, creo que más auténtico, más pleno de Fe de toda su Semana Santa. Allí, el Cristo de los Favores recibe el mayor homenaje de fervor.



SEMANA SANTA Granada 2010

Es algo inigualable, algo nunca visto en otras latitudes. A pesar del gentío parece cortarse el silencio. Si acaso escucharemos el leve aleteo de esas dos golondrinas que se posan a cada lado de la Cruz, para acompañar al Redentor en el momento solemne de su muerte.

Estaba Jesús solo, entre dos ladrones, crucificado en el Monte Calvario. Sólo su Madre y las Santas Mujeres y el joven Evangelista le acompañan. Sin embargo Granada entera no deja solo, no abandona a Jesús en el Calvario del Campo del Príncipe. Los vecinos del Realejo sienten el legítimo orgullo de que es allí donde se celebra uno de los actos más solemnes de la Semana Santa. Pero no están ellos solos. Todos los granadinos, de todos los barrios, de todos los niveles sociales, todos los granadinos se acercan con respeto y, hay que decirlo, con un caudal inmenso de amor para rezar y para pedir las tres gracias. Es un momento solemne. Es un momento para la oración y la meditación. El Redentor expira, entrega su vida, y en ese momento todo el Campo del Príncipe se postra de rodillas. Un sonido agudo, una nota musical quiebra el silencio. Cristo ha muerto. Momento trágico, solemne. A los pies de la Cruz, María en su Soledad, en su dolor sin nombre. Lo dice con sentidas décimas José María Pemán:

*Estaba la Dolorosa
junto al leño de la Cruz.
¡Qué alta palabra de luz!
¡Qué manera tan graciosa
de enseñarnos la preciosa
lección del callar doliente!
Tronaba el cielo rugiente.
La tierra se estremecía.
Bramaba el agua... María
estaba, sencillamente.*

Por la amplia avenida de la Constitución, por la Gran Vía que aún conserva hermosos edificios modernistas, avanzan serios, austeros, los hermanos del Cristo de la Buena Muerte y Nuestra Señora del Amor y del Trabajo. Los ferroviarios





recobraron su tradición y salen a la calle, orgullosos, legítimamente orgullosos de sus dos hermosos pasos, que nacieron con la inspiración de Antonio Díaz Fernández y de los miembros de la escuela de los Mora. Y avanzarán, despacio, silenciosos, con ejemplar recogimiento, por la carrera oficial y por la calle de San Jerónimo para regresar otra vez a su templo de San Juan de Letrán.

Sobre el Puente Romano del río Genil avanza otra cofradía de ejemplar ejecutoria. Sale de la iglesia de los Escolapios y llena de fervor y severa austeridad la tarde del Viernes Santo. Luto en el alma, luto en el corazón. Impresiona la belleza del Cristo de la Expiración, obra de un gran creyente como fue don Domingo Sánchez Mesa. Impresiona el dolor de María, el Mayor Dolor, que ahora recorre las calles de Granada como en su momento procesionó por la Plaza de San Pedro de Roma. Las maravillosas columnatas que creara Bernini, junto con miles de romanos, fueron testigos de cómo es y cómo se vive la Semana Santa granadina.

Y de nuevo el Campo del Príncipe alcanza protagonismo en la jornada del Viernes Santo. La cofradía del Cristo de los Favores –hermosa imagen de Pablo de Rojas– recorre las calles de Granada, desde su Realejo que vibra con esta hermandad, que la hace tremendamente suya porque nace en San Cecilio y porque es emblema de uno de los barrios más auténticamente cofrades de Granada. Y la Greñúa a la que piropean de forma ingenua, espontáneamente. Hará un largo recorrido, antes de volver a su sede canónica, y Granada entera vibrará de emoción con dos de sus imágenes más veneradas.

Austeridad, severidad, no podía ser menos, cuando procesiona el Santo Sepulcro desde la Iglesia de San Gil y Santa Ana. Dice el Evangelio según San Mateo que *“José, tomando el cuerpo, lo amortajó con un sudario limpio y lo puso en su sepulcro nuevo, que había excavado en la peña”*. Sin embargo, la iconografía tradicional coloca a Jesús muerto en una urna de cristal. El anónimo autor del Cristo yacente -siglo XVII- supo plasmar los síntomas de la muerte, dando al propio tiempo la sensación de que estuviera dormido. Hermosa talla que induce al fervor y al respeto, al dolor contenido, a la contricción. Talla que genera una oleada de amor y de arrepentimiento. Allí, ante Jesús muerto, cómo suenan los versos de Fray Miguel de Guevara:



SEMANA SANTA
Granada 2010

***Levántame, Señor; que estoy caído,
sin amor, sin temor, sin fe, sin miedo;
quíerome levantar y estoyme quedo;
yo propio lo deseo y yo lo impido.***

Y la Soledad del Calvario, de la mejor imaginería granadina, la Soledad de Mora, arrodillada ante la Cruz vacía, los brazos cruzados sobre el regazo. Imagen sublime, patética, del dolor intenso de una madre que ha perdido al hijo perfecto, que contempla su muerte, su sufrimiento, que rememora uno a uno todos los momentos de este terrible Vía Crucis que ha culminado en la cumbre del Calvario.

De San Jerónimo nos vienen aromas de azahar, olor intenso a primavera, a floración de los naranjos. De San Jerónimo nos llega el ronco, desafinado son de las chías, cuatro que son cuatro: roja, blanca, negra, morada. Las chías tienen algo inquietante, algo misterioso. Desfilan en una de las procesiones más hermosas, donde más intensamente se contempla el dolor de María en su Soledad. Del Monasterio de San Jerónimo nos llega esta imagen de dolor, de desolación. Imagen atribuida a Diego de Aranda, la de Cristo muerto, la de Cristo tras el descendimiento de la Cruz. El Evangelista narra cómo José de Arimatea reclama el cuerpo de Jesús y cómo Pilato se lo concede y cómo Nicodemo llevaba mirra y áloe para envolver el cuerpo de Jesús. El rostro del Salvador refleja todo el sufrimiento, todo el dolor que ha soportado. Ya está muerto y poco a poco la rigidez irá haciendo acto de presencia. Le llaman el Señor de la Sábana y precede a la bellísima Soledad, atribuida a Mena. La música interpreta la marcha Soledad y Descendimiento que compuso Francisco Higuero, conmovido ante la belleza de la imagen. Y el momento queda plasmado con los hermosos versos de un exquisito poeta granadino, Ángel Luis Sabador.

***Soledad, te he visto sola
Me lo dijo un costalero,
Y me fui corriendo a verte
Y tu hijo estaba muerto.
Se había muerto tu Jesús
Y se puso oscuro el cielo.***





*Soledad, te he visto sola
Ibas detrás del entierro
Y sólo en tu Soledad
Te acompañó el costalero.*

*Soledad de Madre sola
Que vas tras el Hijo muerto
Y tres hombres te lo portan
José, Juan y Nicodemo.*

*Soledad, te vio tan sola
Que te llevó el costalero
Y vives en soledad
Retirada en tu convento.*

Antes era llamado el Sábado de Gloria. Hoy sigue siendo el Sábado Santo, luto y dolor en el mundo cofrade. Desde la iglesia de Santa María de la Alhambra, junto al Palacio de Carlos V, junto a esa maravillosa filigrana que es la Alhambra, juego de arabescos y murmullos de agua, sale la imagen coronada de Nuestra Señora de las Angustias de Santa María de la Alhambra. El hermoso palacio renacentista que mandara construir Carlos V sirve de fondo a esta hermosa explosión de plasticidad y fe. Y de nuevo el milagro se reproducirá cuando Nuestra Señora atraviese la Puerta de la Justicia e inicie un caminar único, teniendo como palio los frondosos árboles del bosque alhambrenño. Escuchando el canto del agua por los regatos que bajan de la colina roja. No cabe mayor belleza, mayor plasticidad. Escenarios únicos por los que va discurriendo la procesión, procesión solemne, procesión austera, de gran riqueza artística, de honda devoción. El pueblo se congrega en torno a la sagrada imagen que ideara, de forma magistral, el accitano Torcuato Ruiz del Peral. La fantasía del Patio de los Leones se reproduce en plata en el trono maravilloso sobre el que surge esta Piedad de rara hermosura. Todo el dramatismo del momento sabe captarlo Ruiz del Peral. El cuerpo de Cristo está inerte, reposando en el regazo materno, acunado por Ella, por la madre, que llora ante la muerte del hijo al que ahora recibe entre sus brazos. Formidable representación escultórica en la que





SEMANA SANTA Granada 2010

destacan la belleza dolorida de la Madre y el cuerpo desmadejado, abandonado, casi forzado, en una postura que le ha deparado la muerte y que el amor de la Madre, el mimo, el cuidado, toda su capacidad de ternura, impide que caiga al suelo. Esta singular Piedad, que se añade a las grandes Piedades del mundo, conmueve a los granadinos, conmueve a Granada que tiene a la Virgen de las Angustias como reina y señora. Es el último paso de dolor de nuestra Semana Santa. Es la llave religiosa y artística que cierra una semana de desfiles pasionarios. Es el hasta el año que viene del dolor, del sufrimiento, del acompañar a Cristo y a la Reina del cielo, en los más trágicos momentos que narran los Evangelios.

Porque la mañana del Domingo será radiante, con volteo de campanas, con cohetería, con la alegría que se respira en cada rincón de la ciudad. Cristo ha resucitado. Aleluya, aleluya. Al tercer día resucitó. Y son los facundillos los que desde el Realejo van a darnos la buena nueva en la mañana más radiante del calendario cristiano. Sus campanitas de barro, que agitan con entusiasmo, preceden a una infantil representación de Cristo, que dirige una mirada de dulzura infinita, de exquisito candor. Esta imagen, atribuida a Ruiz del Peral, será portada por hombros juveniles. Los facundillos son heraldos de la gran fiesta de la Resurrección.

Y por la tarde dos procesiones, plenas de alegría, con la certeza de que Jesús ha resucitado, ponen el broche de oro a la Semana Santa. Santísimo Cristo Resucitado, de Barbero Gor y Nuestra Señora de la Alegría, del mismo autor, recorren entre marchas triunfales las calles de nuestra ciudad. Alegría, alegría porque Cristo ha resucitado, y así lo proclama esta hermosa procesión, conocida como de Regina Mundi, por ser esa iglesia su sede canónica.

Y el Zaidín también se suma a la alegría de la Resurrección, con aires triunfales, con aires que nos recuerdan el triunfo de la vida, el triunfo de la Resurrección sobre la muerte, sobre el dolor. Cristo ha resucitado y así lo proclama la Cofradía de Nuestro Señor de la Resurrección y Santa María del Triunfo, que procesiona dos hermosos pasos de Zúñiga Navarro.

Y concedan permiso a este pregonero para recordar la primera vez que radié las procesiones del Resucitado. Ya los facundillos habían llenado de candor la mañana del Domingo y por la tarde, otros niños, con ojos llenos de inocencia, al pasar junto al micrófono, un tanto traviesos, pero con la travesura de los ángeles, tocaban con fuerza, como compitiendo con ellos mismos, las campanillas. Y qué





emoción tan intensa sentimos en ese momento. Y no puedo menos de pensar que así deben tocar los ángeles en el cielo para celebrar la Resurrección de Cristo, como los niños granadinos en aquella tarde primaveral.

Semana Santa granadina. Única, irrepetible. ¡Cuántos adjetivos se habrán utilizado, a lo largo de los años, para cantar tus excelencias. Los días van pasando rápidos, aunque a distinta velocidad, según el que los cuenta es joven o viejo. Para el joven todo tarda una eternidad, para el viejo todo es rápido, excesivamente rápido y lo más veloz de todo, el paso del tiempo.

Pero es verdad que ya queda poco para que los tronos empiecen a caminar por las calles de Granada. El cofrade sueña con ese momento. El capataz ultima detalles, quiere que todo salga perfecto, que no quede nada para la improvisación. El capataz es consciente de la responsabilidad que asume y su misión es que el paso de misterio, o el palio tan querido, cumpla su cometido cuando la procesión está en la calle. El capataz anima a su gente que trabaja denodada cabe las trabajaderas. El capataz siente, como cada año, una ilusión nueva que, hace mucho tiempo, germinó en su corazón y hoy es árbol de devoción, árbol frondoso de amor y entrega a ese paso que está bajo su mando y que, confiado a su responsabilidad, debe ser el mejor a la hora de llevar a cabo su estación de penitencia. Estoy recordando ahora unos versos del mexicano Padre Cué que, en España, se enamoró de su Semana Santa. Y con la sensibilidad del poeta, con la ilusión del cofrade, y con la reciedumbre del creyente, supo describir como nadie lo que es, lo que debe ser un capataz. El padre Cué se imaginó a un viejo capataz a quien su hijo, que le sucede en el cargo, le pregunta por cómo llegar a ser un buen capataz. Y desgrana estas palabras que son el mejor poema que a esta hermosa tarea se ha dedicado.

***“Para ser buen capataz,
padre, el consejo mejor.***

***Hijo, serás más capaz
cuanto tengas más amor.***

Llévala...





SEMANA SANTA
Granada 2010

*Sin que se caiga un clavel,
Sin que se te tuerza un cirio
Sin que el sol mustie la piel
De sus ojeras de lirio.*

*Llévala, yo así lo hiciera,
Como a tu novia -con celo-
De que ni el polvo del suelo
Le roce su piel siquiera.
Llévala como a una flor,
Como a un cristal... ¡no, mejor!
Llévala... ¡Virgen María!
Como a tu madre y a la mía
Hijo, con inmenso amor.*

*Este es, hijo, mi consejo
Para ser buen capataz.
Tú empiezas y yo me alejo,
Amor para ser capaz.*

Mucho amor, como este viejo.

¡Y serás buen capataz!

Casi se saltan las lágrimas leyendo, oyendo, sintiendo estos versos que fueron dictados por el amor y por la Fe... ahí está el capataz. Y bajo el paso, ahí están ellos, los costaleros y las costaleras. Los chicos y las chicas que han hecho donación de su fuerza, de su sacrificio. Los chicos y las chicas valientes, bravos, que son un ejemplo de lealtad a las hermandades, que son humildes, pues de ellos solamente se ven los pies. Que trabajan, sudan, se agobian. Que se entregan sin pedir nada a cambio, en una lección sublime de generosidad. Qué bien supo entenderos el gran Abel Moreno, que os cantó con la lira inspirada de su música. El mismo Abel Moreno que compuso uno de los mejores poemas sinfónicos,





dedicados a la Madrugada cofrade. Y cómo os conoce y os valora el antes aludido padre Cué, cuando dice con palabras que a todos nos hubiera gustado pronunciar y que él plasmó como cántico, como alabanza y reconocimiento al esfuerzo generoso de los costaleros:

*“Costalero....
Es ser el viril del Dios,
Es andar juntos los dos
Por el mismo derrotero.
Yo abajo, y arriba Él,
Porque no rompa su piel
En las piedras del sendero...”*

Costalero....

*Es ser trono y ser carroza,
Es ser espina que goza
Porque es arriba rosal;
Es ser, un poco en lo humano
La mano sacerdotal,
Que eleva en el aire ufano
A Cristo, Pan y Cordero.*

Costalero...

*Es de mi carne y mi mano
Hacerle a Dios un sendero.*

Ahí están los animosos componentes de las cuadrillas. La mujer se ha incorporado con enorme eficacia, con gran brillantez, como no podía ser menos. Y los costaleros y las costaleras sienten pasión por las sagradas imágenes que portan. El padre Cué hizo hablar así a un humilde costalero que se dirige a la Virgen:



SEMANA SANTA
Granada 2010

*¿No me conoces, Señora?
¡Que yo fui tu costalero!
¡Que me miren, Madre, ahora
Esos ojos que yo quiero!*

*Fui tu tiesto y tu florero,
Tú arriba, fuiste la Flor
Sobre mis hombros de acero.*

*(.....)
¡Y la gente te aplaudía!
La saeta te clavaba,
El piropo te encendía
Y la noche te besaba.*

*Y yo, allá abajo decía
-Tinieblas, polvo y sudor-:
¡Por Ella soy costalero,
por Ella, porque la quiero,*

Por amor!

He querido que ya, al final de mi pregón, vaya mi encendido homenaje a la figura del costalero. Porque vosotros sois el soporte de nuestra Semana Santa. Porque vosotros, con vuestro fervor, con vuestro sacrificio, con vuestro esfuerzo, conseguís ofrecer el más hermoso poema de amor hacia los santos titulares porque, año tras año, rezáis la más dulce y hermosa de las oraciones, esa oración que se desprende de vuestro sudor, de vuestro ánimo, de vuestra entrega generosa. Vosotros ya salvasteis la Semana Santa y ahora seguís siendo buque insignia de nuestro movimiento cofrade.





Se impone finalizar. El sueño del pregonero se ha realizado. Perdonad si he sido premioso, si me he extendido en demasía. Pero tened la seguridad de que este pregón que he pensado y sentido y escrito en largas jornadas, es un pregón que ha nacido del corazón, del amor y de la devoción cofrade. El pregonero ya calla. Ahora hablarán todos y cada uno de los distintos actos que componen los cultos cuaresmales y los propios de la Semana Santa. Desde aquí sólo me queda exhortar a que ayudemos a Cristo a llevar su cruz, que seamos cirineos convencidos y honrados de servirle y de ayudarle. Esa cruz en la que van nuestros pecados, nuestro egoísmo, nuestra frialdad hacia el que sufre, hacia el que nada tiene, hacia el hombre parado que ve cómo pasan los mejores años de su vida, los más productivos, sin que pueda ejercer su sagrado derecho al trabajo. Esta cruz donde va nuestro despego hacia tanto semejante que arriba a nuestra tierra buscando el pan que no puede encontrar en la suya. Esta cruz donde está el sufrimiento de las familias azotadas por el horror de la droga. Esta cruz en la que se refleja el dolor por la muerte de los que todavía no han nacido. Esta cruz en la que Jesús sufre nuestra incomprensión, nuestro egoísmo, nuestra falta de caridad, nuestra falta de amor. Que nuestra Semana Santa y esta Cuaresma que nos prepara para ella, nos hagan reflexionar, nos aproximen de verdad al gran misterio del amor y la entrega. Que no sigamos negándole, no tres, sino trescientas veces. Que su cruz sea nuestra guía, nuestro faro, nuestra luz en la oscuridad de nuestras vidas.

Se termina el pregón. Pasarán los días de la Cuaresma. Viviremos con toda intensidad, con alegría, con entusiasmo y fe nuestra Semana Santa. Nos emocionaremos en nuestra estación de Penitencia. Celebraremos el milagro de la Resurrección. Y cuando llegue la normalidad, la rutina de todos los días, los cofrades nos miraremos un si es o no tristes, un si es o no esperanzados. Y pensaremos, y sentiremos y diremos...: ya falta un día menos para la próxima Semana Santa.

He dicho...



SEMANA SANTA
Granada 2010

Granada. Febrero de 2010.

Este pregón lo terminé en la tarde del día 2 de Febrero, festividad de la Purificación, a las ocho y diez de la tarde, en mi gabinete de trabajo del 5º piso, letra B, de la calle Solarillo de Gracia, nº 4. En la ciudad de Granada, mi muy querida tierra adoptiva.



José Antonio Lacárcel Fernández

Nace en Murcia, el 18 de febrero de 1944. Está casado y tiene tres hijos. Actualmente es profesor y jefe del Departamento de Música del I.E.S. Nuevo Scala de Rute (Córdoba). Cuando era redactor de Radio Popular de Granada funda, bajo las órdenes, de don Manuel Fernández Peña, y junto a José Luis de Vicente y Tito Ortiz, el programa de Semana Santa, CRUZ DE GUÍA. En Canal Sur Radio formó parte del equipo del programa 'Saeta' que dirige Tito Ortiz y que se emitía durante toda la Cuaresma. En la Semana Santa fue el encargado de transmitir en directo el paso de las procesiones y la correspondiente Estación de Penitencia, en la Plaza de las Pasiegas, durante varios años consecutivos. Ha formado parte de mesas redondas y tertulias sobre la Semana Santa granadina. Invitado por el Departamento de Historia Moderna ha colaborado en los cursos dirigidos por el profesor doctor don Miguel López Guadalupe Muñoz, con el tema de la Música en la Semana Santa. Ha realizado varios pregones, entre ellos los del Costalero de Granada, el de Almería y de varias hermandades, como la de Nuestra Señora de los Dolores, y también en distintos puntos de la provincia como Almuñécar o Motril. Es hermano cofrade del Cristo de San Agustín y es caballero horquillero de la Hermandad de Nuestra Señora de las Angustias, en Granada. Además, es cofrade de la Hermandad de Esclavos de Nuestro Padre Jesús del Rescate y María Santísima de la Esperanza, de la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, de Murcia. También es hermano de la Real e Ilustre Cofradía de la Santísima y Vera Cruz de Caravaca (Murcia) y miembro de la Venerable Congregación del Santísimo Sacramento de Murcia (Vela y Alumbrado).



**REAL FEDERACIÓN
DE HERMANDADES Y COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD
DE GRANADA**

Plaza de los Lobos Nº 12
(Centro Ágora, Antiguo Hospital de la Misericordia)
18002 - Granada • Tlf: / Fax: 958 80 49 97